

La calle
Diario de un espectador
San Miguel Chapultepec
por miguel ángel granados chapa

para el martes 2 de octubre de 2007

La devoción religiosa a menudo se transforma en jolgorio popular. En los pequeños pueblos bautizados con el nombre de santos o con advocaciones de la Virgen la feria popular de cada año comienza el día asignado al santo patrono en el santoral católico. El 29 de septiembre, por ejemplo, el sábado anterior, la celebración de san Miguel Arcángel da lugar a fiestas callejeras aun en porciones muy urbanizadas de la ciudad de México o sus inmediaciones. Así ocurre en san Miguel Tecamachalco, conocido entre los colonos de las Lomas de Tecamachalco como “el pueblito”. Y en la colonia san Miguel Chapultepec, cuya contradictoria vialidad (calles anchas, casi calzadas que alternan con callejuelas torcidas) corresponde a la delegación Miguel Hidalgo, DF.

En esta porción del territorio capitalino, en el lindero norte del antiguo pueblo de Tacubaya, limítrofe como su nombre lo indica con el bosque de Chapultepec, la fiesta del 29 de septiembre cierra la calle de José Morán, porque en su número 54 se alza el templo dedicado al príncipe de las milicias celestiales. En realidad, se ha llegado allí a una solución de compromiso, porque el altar mayor está compartido por una representación mural del vencedor del demonio y un cuadro con la imagen de la virgen del Perpetuo socorro, que tiene un aire bizantino. El templo, fundado en 1934, es contemporáneo de la conversión del casco del rancho La hormiga en la cernaísima residencia presidencial. El general Cárdenas, al tomar posesión de la presidencia de la república ese año, resolvió no vivir como sus antecesores en el castillo de Chapultepec sino en una mansión levantada ex profeso al borde del Molino del Rey, a pocos metros del barrio de El chorrito. Cárdenas bautizó con su botánico nombre a la casa presidencial no porque allí hubiera pinos sino porque así se llamaba la finca campestre michoacana donde no mucho tiempo atrás había conocido a doña Amalia Solórzano, que sería su esposa.

El templo resultó de convertir en edificio no muy agraciado una pequeña capilla que databa de la época virreinal y se había deteriorado hasta casi desaparecer. A pesar de que desde su origen era un centro de devoción miguelina el culto a la Virgen hizo que a mediados del siglo pasado se pretendiera cambiarle el nombre, pero el arzobispo Luis María Martínez determinó que conservara el del aguerrido ángel militar que derrotó al diablo.

La pequeña feria callejera ofrece satisfacción a todos los gustos, salvo a quienes quisieran tirar al blanco con escopeta añosa, con el propósito de derribar las figuras de plomo que desfilan en carrusel, porque esta vez no había ningún stand dedicado a ese menester. En cambio, proliferaron los destinados a tronar globos con dardos lastrados para que no todos lleguen a su destino, a pesar de lo cual no son pocos los afortunados con regalos de yeso o bisutería con los que después no se sabe qué hacer. Había también una innovación o así le pareció a este espectador: una carrera de caballos, en que las figuras equinas avanzan según la puntuación lograda por los jugadores al hacer entrar pequeñas pelotas en tres agujeros con valoración distinta equivalente a centímetros en el pequeño hipódromo erigido sobre una mesa alta, visible a todo público.

Los juegos mecánicos están dedicados sobre todo a los niños. La rueda de la fortuna es de diámetro menor que las de la zona correspondiente en la no muy distante segunda sección de Chapultepec. Y el gusano es en realidad apenas una pequeña oruga que acaso mide tres metros de longitud. Los adultos se compensan ingiriendo alimentos, pues aquí y allá se alzan pilas de buñuelos que se sirven solos o endulzados con miel sabor de tejocote, o el oloroso pan de feria, en diversas formas y pesos, apetecible a pesar de estar a la intemperie.